

EL ENCUENTRO

Antonio Sánchez R.



EIRENE EDITORIAL

© El encuentro: Antonio Sánchez R.
Cedido para uso no comercial a Eirene Editorial «El club Eirene».

ÍNDICE

EL ENCUENTRO

Capítulo I	4
Capítulo II	8

CAPÍTULO I

Estaba solo en aquella fría y destartalada habitación repleta de muebles innecesarios y decorada con tan mal gusto que más bien parecía la respuesta a una falta absoluta de interés antes que a un rancio estilismo propio de mentes adocenadas. El hotel estaba enclavado en el casco antiguo de la ciudad, detrás del fastuoso Ayuntamiento levantado en su día a trompicones y que ahora se alzaba esbelto por encima de un montón de casas de balcones quejumbrosos y tejados de amaranto.

La primera vez que me paré ante sus puertas, amparadas por pendones sobre los que cimbreaban escudos con sus tenantes y lambrequines, me pareció un edificio chiquito, menguado quizá por su falta de historia o sobrecogido por la exhuberancia de los paisanos del lugar, bulliciosos hasta el infinito cuando se descorchaba el embriagador licor de las fiestas patronales. Entonces me descubrí mirando con estupor las columnas retorcidas, con molduras sobrecargadas, aquellas siluetas estilizadas que acicalaban su milenaria fachada mientras la atmósfera se llenaba de vastas melodías desgranadas por charangas que iban y venían por la plaza como empujadas por un inviolable destino.

Había llegado esa misma noche después de horas de ajeteo dentro de lo que algunos gustaban llamar el expreso, esa vieja caravana de vagones que remolcados por una pesada locomotora diesel surcaban los campos de Castilla o el escarpado relieve del Maestrazgo a la misma velocidad con la que un río discurre mansamente por una llanura.

Recuerdo con nitidez aquel viaje y las razones que me llevaron a poner tierra de por medio, aunque solo fuera por unos días, con mi realidad más lacerante. Se trataba, sin duda, de una huida, el vuelo espantado de un ave al sentir amenazante la figura del cazador.

Incapaz de sobreponerme a los numerosos e incomprensibles infortunios que durante los últimos meses habían golpeado con saña mi alma, sentía cómo mi cuerpo estaba a punto de precipitarse al vacío. Y lo haría bajo una lluvia de preguntas sin respuestas, de difusas imágenes repletas de notas antagónicas en las que se mezclarían, como arrastradas por un viento huracanado, la dicha con la amargura, la plenitud con el dolor, la belleza con el espanto, el triunfo con la derrota. La vida, pensé, me daba la espalda y me mostraba, tal vez a modo de escarmiento, su lado más oscuro y grotesco.

Aunque avanzaba a trancos la madrugada, las calles seguían repletas de gente, casi todas ellas coronadas por un enfebrecido entusiasmo que saturaba el aire de un regocijo indisimulado. Sus cuerpos olían a vino y sudor y los rostros se desdibujaban en cálidas muecas, anestesiados por el alcohol y esculpidos por el incesante estruendo que a modo de ciclópeo murmullo ininteligible cubría, como una bóveda, la ciudad.

Entre la dislocada y enloquecida marabunta, una figura de apariencia serena caminaba despacio, ausente, ajeno al frenesí que inundaba la noche y al mismo tiempo cogido tímidamente de su mano. Destacaba por su paso calmo y acompasado, por ese aire que transmiten aquellos que nada temen o esperan, esos seres pacientes que han cerrado definitivamente la puerta a los azares de la vida. Su camino y el mío parecían destinados a encontrarse.

De una de las tabernas apostadas en la calle salía, como escupida voluptuosamente, la melodía de un viejo pasodoble. La música se mezclaba con el untuoso aroma de las fritangas y el tufo dulzón de los frutos acaramelados. Entre risas y chirigotas, el gentío parecía varado, a merced de un imaginario oleaje que lo hiciera ponerse en marcha. Mientras tanto, unos se arrancaban por bulerías y otros acercaban sus cuerpos a la vez que marcaban torpemente los pasos de un silencioso tango o de un bolero emboscado.

Allí, al abrigo de tanto derroche, arropado por las voces hilarantes, deseé sentirme como uno de ellos, despreocupado, feliz, ignorante de mi mismo, sujeto al vaivén de la nada más efervescente. Iluminado por las hileras de bombillas que colgaban suspendidas

de ese negro cielo que regalaba la noche, llegué hasta las puertas de un viejo caserón de piedra en cuyo frontispicio sobresalía un erosionado escudo de armas, fiel reflejo del paso del tiempo y de lo efímero del reconocimiento y la gloria.

En el portalón que daba acceso al interior de la vivienda se amontonaban hombres y mujeres alrededor de un caldero rebosante de sangría al que dos mozos de singular porte y estatura daban vueltas con enormes cucharones de madera. Solícitos y sonrientes me ofrecieron la bebida casi con recelo, temerosos, diría yo, de que rechazara su amable invitación, algo que, sin duda, hubiera significado, más que un desaire, el gesto inequívoco de un divorcio, de una ruptura con el supuesto maridaje que la idiosincrasia de aquel lugar confería a sus visitantes.

Y no lo hice. Tomé el vaso entre mis manos y apuré su contenido esperando verme atraído, arrastrado hacia el torbellino que alborotaba el aire de la estrecha callejuela. Al hilo del último trago mis ojos se toparon con su mirada. Desde mi inalterable quietud pude observar el brillo penetrante de sus pequeñas pupilas, la sonrisa indulgente dibujada en un rostro amable, cómplice. La frente despejada lucía pequeñas y débiles arrugas apenas perceptibles, pero que le daban un aspecto que anidaba entre la juventud postrera y la incipiente madurez. Con voz grave se dirigió a mí en un tono amigable.

—No eres de aquí ¿verdad? —Y sin esperar respuesta alguna, añadió—: Vamos, te invito a un trago.

Las horas, corriendo lentamente hacia el alba, nos fueron acompañando embutidas en las palabras que, armoniosamente y en un tono seguro y convincente, fue depositando en mi pensamiento. Apenas me hizo preguntas ni esperó a que le diera bula para que asaltara el trenzado nudo que maniataba mis sentimientos. Tan solo debió escuchar una súplica o el eco ahogado de una voz agonizante porque arremetió con rabia contenida contra todas aquellas oscuras brumas que, instaladas desde hacía tiempo en las entrañas de mi ser, me habían convertido en un hombre angustiado, desposeído de la lucidez y la fuerza necesarias para doblegar el grueso espolón del destino.

Miré cómo sus manos, recias, pero a la vez dotadas de la finura y la sensibilidad propias de un taumaturgo, gesticulaban sin parar mientras hilvanaban, una tras otra, sólidas razones para no caer desvanecido. Era un hombre en plena erupción.

Me habló del miedo y la locura, de la ignota impronta del pasado, de la debilidad de los cuerpos y del frío y desgastado color de los recuerdos; de la geometría del deseo y, por qué no, dijo, del olor nauseabundo de la venganza y el amargo sabor de la derrota; de los versos inflamados y del cordón umbilical que nos une al serpiente de la vida. Me habló del amor y la muerte como placeres truncados. La vida, me dijo, nos espera. Unas veces llegamos a tiempo, otras, en cambio, cuando ya se ha esfumado el hálito que nos condujo a ella. Pero tiempos de placer, me espetó sorprendentemente, hay a millones. Todos los que tú quieras, instantes minúsculos, horas interminables, días imperecederos, meses, años... todos los que tú quieras.

Cuando lo vi por última vez, confundido entre la maraña de transeúntes que ya con el sol cromando sus cuerpos destilaban sopor y denuedo a raudales, mantenía la cabeza erguida, proponiendo, quizá sin saberlo, una batalla permanente contra el azar y los fatales augurios que a veces reescriben, con pesado e ilegible verbo, la voluntad y los deseos.

Mi vuelta a casa fue como una reencarnación. Mientras veía correr el paisaje mecido por el traqueteo del tren, algo, al dictado de aquellos diáfanos pensamientos nacidos entre el tumulto y el denso fragor de la fiesta, me fue cambiando el semblante. Recordé el tiempo que pasamos juntos y lo fui destilando hasta empaparme de las preciosas gemas que sumergidas en su atrevido y lúcido monólogo, llamaban impacientemente a mi puerta.

CAPÍTULO II

Pero eso fue hace muchos años. Ahora no estoy seguro de volver a encontrarlo otra vez. He llegado como lo hice entonces, aturdido, desfondado, con todo mi bagaje hecho jirones. Creí que no volvería a pasar, pero aquí estoy, en esta fría y destartalada habitación repleta de muebles innecesarios, esperando el momento de lanzarme a la búsqueda de una verdad huidiza y desafiante, bañada en incertidumbres y colmada de un intenso vacío desasegante.

Escucho como la calle se va rindiendo al clamor de las peñas y a las melodías altisonantes que nacen de sus atipladas trompetas y de los recios tambores.

No puedo por menos que escrutar mi alma en el recargado espejo que frente a mí, espera para dictar su veredicto. Compruebo que aún mantengo ese brillo penetrante que emana de mis pequeñas pupilas y que, a pesar de las circunstancias, conservo un rostro amable del que nace, casi sin querer, una sonrisa indulgente. Mis manos, reacias al paso del tiempo, se mantienen recias, no han perdido la finura y sensibilidad que las hacían parecerse a las de un taumaturgo. Es mi frente, quizá, la que más delata que vivo instalado en una segunda edad de futuro, al parecer, incierto. En ella aprecio penetrantes y alargadas arrugas donde antes apenas anidaban débiles líneas de trazo difuminado.

La tarde languidece y el dolor, insoportable, me apremia. Nada ha cambiado. La gente parece la misma y hasta el color del cielo mantiene ese tono acalambreado bajo el que se afanan las comparas y resucita el espíritu hedonista de las grandes ocasiones. No soy, como no lo fui entonces, uno más, pero busco y espero, creo y reniego, vivo y muero.

A lo lejos distingo la silueta de una estatua que corona un insulso monumento de aspecto descuidado. La plaza donde reside, a modo de centro neurálgico, vibra con el atropellado ir y venir del populacho. Mezclado entre sus risas, envuelto en su inconfundible borrachera, noto como una mano se posa mansamente en mi hombro y reclama mi atención. Al volverme, una voz grave, conocida, se dirige a mí en un tono amigable.

–No eres de aquí ¿verdad? –Y sin esperar respuesta alguna, añade–: Vamos, te invito a un trago.

Estaba, de nuevo, salvado.



Te agradecemos haber elegido nuestra compañía.
Deseamos que en estas páginas hayas encontrado los dones
que te ofrece la Diosa Eirene, paz, amor, alegría, y
que ellos te acompañen siempre en tu camino.

www.eireneditorial.com